

Crítica
Bibliographica

Revista Crítica de Reseñas de Libros Científicos y Académicos

EDICIÓN
www.academiaeditorial.com

ISSN
1885-6926

COORDINACIÓN
Olga Gugliotta



LIBRO RESEÑADO

Jesús G. MAESTRO (2006),
El concepto de ficción en la literatura.
Desde el Materialismo Filosófico como teoría literaria contemporánea,
Vilagarcía de Arousa, Mirabel Editorial, 128 pp.
ISBN: 978-84-935316-0-7

AUTORA DE LA RESEÑA

Violeta VARELA ÁLVAREZ
Universidad de Salamanca

FECHA

2 enero 2007

Crítica

Bibliographica

Revista Crítica
de Reseñas
de Libros
Científicos y Académicos

&



El concepto de ficción en la literatura parte de una constatación y de una necesidad. La *constatación* de un panorama caótico entre los teóricos de la literatura a la hora de enfrentarse a la categoría de la ficción literaria y la *necesidad* de establecer una definición que permita devolver a la literatura la realidad ontológica plena en la que se desenvuelve: “Desde una perspectiva afín a la *Poética* de Aristóteles, en cuya trayectoria interpretativa se sitúa toda la teoría literaria occidental, se considera que una suerte de falacia poética constituye el núcleo esencial de la literatura. La ideas de realidad, ficción, naturaleza, imitación y verosimilitud, son, entre otras varias, constitutivas de una poética que, desde hace aproximadamente veinticinco siglos, explica la *realidad de la literatura* como una “ficción literaria” y la *realidad de la humanidad* como un “mundo o naturaleza” dados de forma acrítica y apriorística” (págs. 9-10).

El caos reinante en la teoría literaria se manifiesta en distintos ámbitos. La teoría de la literatura vive instalada en un confusionismo

absoluto, que se hace patente en el tratamiento categorial de nociones que implican un planteamiento filosófico. Trabajan científicamente, o al menos eso piensan ellos, con las categorías de realidad, ficción, verosimilitud, posibilidad, etc., ignorando que tales conceptos se sitúan en posiciones filosóficas muy determinadas, que los teóricos de la literatura asumen de forma acrítica e inconsciente en muchas ocasiones: “Los teóricos de la literatura han tratado como categorías, es decir, como acotaciones propias de su campo, nociones que, en realidad, son Ideas filosóficas, es decir, Ideas de otros ámbitos categoriales, y las han utilizado con frecuencia de forma indefinida o acrítica, y siempre con un sentido diferente del que en rigor les corresponde categorialmente” (118).

Toda la teoría literaria occidental basa sus posiciones, definiciones y categorizaciones acerca de la Ficción en los postulados aristotélicos. Como muy bien analiza el autor, tales puntos de vista implican unas determinadas concepciones ontológicas y epistemológicas que ya no responden al estado de conocimientos al que asistimos en la actualidad.

Aristóteles parte fundamentalmente de tres postulados básicos para sentar su conceptualización de la literatura:

1) Una concepción de la realidad como positivamente dada y establecida externamente respecto a los sujetos. Ninguna ciencia actual permite ya hablar de la realidad en estos términos. La Física, la Química, la Economía, la Sociología, etc., constituyen sus respectivos campos, circunstancia que nos permite hablar de múltiples realidades que se encuentran muchas veces en relación dialéctica entre sí.

2) Aborda el problema desde la perspectiva epistemológica, que articula sus análisis sobre la distinción Sujeto-Objeto.

3) Una noción de verdad que supone que nuestro pensamiento es capaz de reproducir y captar la lógica de los procesos naturales, dado un contexto de adecuación adecuado como podía serlo el lenguaje matemático, lógico, geométrico, etc. La ciencia contemporánea, pero también la ciencia que existía en el momento en que Aristóteles escribía, es decir, la Geometría, no avala ya tal concepción de la verdad. La cuestión es mucho más compleja.

Son, pues, éstas las bases ontológicas y epistemológicas que proporcionan el molde al pensamiento aristotélico. Desde ellas la literatura se concibe, en primer lugar, como *mímesis* o reproducción de esa realidad que se presupone y postula *a priori*. En segundo lugar, como tal reproducción que es, habrá grados de *verosimilitud* que se establecerán en función de la calidad de la reproducción de esa Naturaleza. El autor queda, en la Poética clásica, reducido a ser un mero copista, un falsifi-

gador. A tales defectos habría que añadir además el error que supone abordar el problema de la verdad en términos epistemológicos, a saber, sobre los conceptos de sujeto y objeto. *La verdad es una cuestión que atañe no al conocimiento que los sujetos poseen del mundo, sino a la categorización del mundo en los distintos campos científicos.* Como tal, la noción de verdad debe articularse sobre las nociones filosóficas de Materia y Forma, pero no tomando a un elemento del binomio como privilegiado, sino descomponiéndolos en múltiples elementos que entrarán en esquemas de relación diversos, de acuerdo a la concepción de tales conceptos filosóficos como conjugados.

Lo mismo cabría decir para el par conceptual Sujeto-Objeto. No existe un sujeto ni un objeto dados de una vez por todas, sino que, en primer lugar, se trata de categorías plurales y relacionales. El conjunto de los sujetos es múltiple, y tal categorización viene determinada por las relaciones con otros sujetos y con diferentes objetos, dándose la circunstancia, además, de que lo que es un sujeto en ciertos contextos relacionales y determinantes en otros se tornará en objeto y viceversa.

El autor, tras demoler radicalmente las posiciones aristotélicas, y siendo absolutamente consciente de lo inevitable y necesario que son las posiciones ontológicas en que se base la teoría literaria, delimitará los principios filosóficos asumidos en su metodología de interpretación literaria —articulada sobre la distinción de crítica y teoría literarias, y explicitada en su anterior monografía *La Academia contra Babel* (Mirabel Editorial, 2006), lo cual es muy de agradecer (y, dicho sea de paso, es una grata rareza en el mundo de la teoría literaria).

Explicitaremos ahora los principios filosóficos que se encuentran ejercidos en la metodología que Maestro propone para el análisis científico y filosófico de la literatura.

Se trata de una filosofía constructivista, circunstancia ésta que conduce a la articulación de la noción de *verdad científica* sobre criterios operatorios, en términos de identidad sintética, y elaborada sobre las nociones de Materia y Forma, tomadas como conceptos conjugados.

Se trata de una ontología materialista que parte del reconocimiento de que todo lo existente es material, y que se ordena en función de la categorización de esas realidades materiales por parte de los seres humanos en tanto que son concebidos como sujetos operatorios. La ontología materialista distinguirá, pues, entre la Materia en sentido ontológico general y la Materia determinada o Mundo (Mi), que se encuentra a su vez parcelada en tres géneros de materialidad: el de las materialidades físicas, dotadas de una existencia espacio-temporal (M1), el de las realidades psicológicas y fenomenológicas (M2), el de las

realidades lógicas y trascendentales a las categorías espacio-temporales (M3). Tales géneros de materialidad se dan en relaciones de co-determinación y co-existencia. La materia en sentido ontológico-general remite, como instancia crítica, a todo aquello que aún escapa a la categorización y manipulación de los hombres.

Consideremos la noción de existencia entendida en el Materialismo filosófico como existencia positiva y co-existencia. Dicha co-existencia es además susceptible de ser contemplada desde dos perspectivas: desde el punto de vista *estructural* toda existencia se define por su inclusión material en contextos determinados que involucran a términos de la misma clase, mientras que, desde el punto de vista de la *génesis*, exige que los términos gocen de cierta independencia respecto del contexto determinado en el que co-existe. La existencia positiva, desde el punto de vista de la génesis, queda anulada cuando el término se encuentra absorbido completamente por el contexto, a la manera en que un feto se encuentra absorbido por completo por el organismo materno, sin el cual es incapaz de sobrevivir, o como Don Quijote y Dulcinea se encuentran anulados por el contexto material que supone el libro, o la representación pictórica, fuera de las cuales su co-existencia es absolutamente nula.

Con estas sólidas bases, que es imprescindible explicitar y aclarar antes de abordar cualquier cuestión, emprenderá el autor la elaboración del concepto de ficción en literatura: “Para empezar, hay que advertir que categorías como “verosimilitud”, “ficción”, “mentira”, “fantástico”, “maravilloso”..., se han elaborado siempre por referencia a las categorías de “realidad” y “verdad”, y con frecuencia ninguna de estas dos últimas se definen en términos categoriales o científicos y filosóficos o gnoseológicos. Y es imprescindible definir las en tales términos porque hay en ellos nociones decisivas que determinan cualquier forma de conocimiento crítico que pretendamos a respecto” (21- 22).

La primera tarea que acomete el autor es la reducción y crítica de las restantes categorías de ficción que han esgrimido diversos teóricos de la literatura. Para ello acudirá a una clasificación de tan variadas teorías según criterios ontológicos, ofreciéndonos de paso no sólo unas críticas rigurosas, sólidas y fundamentadas, sino también una utilísima panorámica de la teoría literaria posterior a Aristóteles.

Las teorías literarias post-aristotélicas, sobre el modo de entender la literatura en relación con el concepto de ficción, se articulan en torno a múltiples reduccionismos ontológicos, adscritos a cada uno de los tres géneros de materialidad identificados previamente:

1) Reduccionismos en M1: aquí sitúa el autor la concepción de la ficción de Schmidt, que supone que el terreno ficticio por excelencia es

el de la realidad física y corpórea, de modo que los objetos aparecen a ojos de tan audaz autor como simulacros y apariencias.

2) Reduccionismos en M2: abarcaría todo tipo de teorías literarias, entre las cuales merecería especial mención, por su irracionalidad, la de Walton, de corte psicologista o fenomenológico, que reduce la ficción literaria a las elucubraciones más o menos geniales de un sujeto creador o artista, agotando la complejidad literaria en ficciones que se conciben como proyección de la conciencia de un sujeto, y que requieren de la complicidad del lector por medio de una especie de *epojé* o suspensión del juicio.

3) Dentro de los reduccionismos en M3 habrían de situarse aquellas posturas lógicas o racionalistas, como las de Bunge, y las interpretaciones confesionales y anti-racionalistas (entre los cuales se instalaría contemporáneamente el discurso postmoderno de un Barthes o un Foucault), que pretenden que las Ideas y las verdades científicas son ficticias, al igual que el autor, cuando, por ejemplo, se trata también de una realidad ineludible e irrenunciable.

Cada uno de estos reduccionismos implica, a su vez, una concepción estrecha de las significaciones de la construcción literaria, y delatan, consecuentemente, una incapacidad para abarcar los hechos literarios en su toda su riqueza ontológica.

Mención aparte merece la demolición que emprende el autor de la aplicación a la teoría literaria de nociones lógicas como la de “mundos posibles”, llevada a cabo por investigadores como Dolezel. Dichas teorías parten, en primer lugar, de una noción metafísica de la noción filosófica de posibilidad, que el Materialismo filosófico construye en términos de composibilidad de los diferentes términos en que son susceptibles de ser descompuestas las operaciones que constituyen un determinado objeto. Hacen un uso y aplicación ilegítimas de la noción de *mundo posible* fuera del campo específico de la lógica. Por último, tales teorías desconectan a la literatura de las realidades en que se da efectivamente, trasladando sus significados y constituyentes a mundos ajenos al del lector, el crítico, el autor. La tradición aristotélica sigue aquí intacta y sus conceptos continúan siendo utilizados de forma acrítica y simplista, aunque en este caso la dirección que toma la literatura no sería la de la aproximación, en mayor o menor grado, a una realidad acríticamente dada, sino la evasión. Lo mismo cabría decir de teorías como las de Searle, que harían consistir la literatura en unos supuestos “actos de habla ficticios”.

Acometida la reducción de tales puntos de vista, llega el momento de exponer la propuesta que acerca del concepto de ficción nos ofrece el autor.

Se trata, en primer lugar de una concepción ontológica, no epistemológica ni gnoseológica. No es epistemológica por lo ya apuntado acerca de la esterilidad de las nociones de Sujeto y Objeto para el análisis. No es gnoseológica porque la literatura, como deja bien claro el autor, ni es ciencia ni es filosofía, y no pretende el establecimiento de verdades. Se huye así del fanatismo de quienes pretenden encontrar en la literatura distintos dogmas de fe al gusto de los diversos usuarios: “La gnoseología materialista dará cuenta de los aciertos de la Teoría de la Literatura como ciencia de la Literatura, cuyo objeto de conocimiento son los materiales literarios, pero no nos sirve para explicar la idea de ficción literaria. Porque la literatura no es objeto de verdad, sino de existencia, es decir, no es objeto de gnoseología, sino de ontología. La literatura no verifica nada gnoseológicamente, sino que lo construye ontológicamente. La literatura no confirma ni desmiente ninguna “verdad trascendente”. Ninguna obra literaria es un libro sagrado” (88).

Sólo nos queda, pues, la perspectiva ontológica. En ella la literatura se concibe, antes que como creación, concepto idealista y metafísico donde los halla, como construcción literaria que se desenvuelve a través de los diferentes géneros de materialidad.

En M1 la literatura es una construcción realizada con materiales muy diversos, que son las grafías, la tinta, las hojas, etc., que aportan a la literatura un anclaje corpóreo efectivo, rotundo e imposible de ser ignorado.

En M2 la literatura se desenvuelve ficticiamente postulando realidades fenomenológicas y psicológicas atribuidas a personajes inexistentes, como tales, fuera del contexto determinante y material que constituye el libro. Los personajes ficticios se caracterizarían por carecer de lo que el autor denomina “existencia operatoria”, que supone la existencia como co-existencia, tanto desde el punto de vista de la estructura como desde el punto de vista de la génesis.

En M3 la literatura se desenvuelve como una construcción que trabaja y pone en juego ideas filosóficas tales como la libertad, la religión, el amor, etc. Ideas de las que habrá de dar cuenta la Crítica Literaria en tanto que disciplina de segundo grado, es decir, disciplina que trabaja sobre los conceptos elaborados desde una Teoría de la Literatura: “No cabe, pues, en rigor, hablar de ficción en Literatura, sino de la ficción de los contenidos psicológicos y fenomenológicos de la ontología literaria [...]. La ficción en general, y la literaria en particular, es una superfecundación de la realidad, uno de sus espacios virtuales más expresivos, al constituir una topología especialmente significativa, y siempre cons-

truida con materiales reales. *La ficción es lo que hace posible y asequible la geometría de la literatura, esto es, la arquitectura y habitabilidad de las ideas literarias*" (102-103).

Hemos resaltado la última oración del texto citado porque nos parece que contiene, en una síntesis deliciosa, una perfecta explicación de lo que puede aportar la literatura al esclarecimiento de las Ideas. Sentimos en esas palabras el eco de autores como Platón y su uso del Mito, y de Schiller y su teoría estética, reelaborados en términos materialistas, todo sea dicho.

Hasta aquí nuestra exposición de las tesis defendidas por Maestro en este su nuevo libro. A continuación dejaremos espacio para expresar las impresiones que la obra nos ha producido.

Se trata, antes que nada, de una obra seria y rigurosa, como pocas tiene una ocasión de leer en el ámbito de los estudios literarios, ya que su autor es absolutamente consciente de la necesidad de definir las posiciones ontológicas que actúan a la base de términos como "realidad", "ficción", "mundo", "verdad", "posibilidad", "existencia", etc.

Gracias al análisis de Maestro se hace justicia no sólo a la literatura que es devuelta a las realidades materiales en las que fue concebida y construida, sino que también se devuelve al hecho literario toda la complejidad ontológica que involucra, una realidad que abarca desde la materialidad física del texto a la vigencia trascendental e imperecedera de las Ideas que se encuentran expresadas y desarrolladas en las distintas obras, pasando por la complejidad psicológica ficticia de los personajes que pueblan los distintos textos. La literatura no es reductible a la ficción, ni toda la literatura trabaja necesariamente con ella. Sus tesis hacen también justicia a la teoría literaria, anquilosada en posiciones ontológicas, epistemológicas y gnoseológicas tiempo ha superadas en filosofía.

Fundamental nos parece, en cuanto al estudio de la ficción se refiere, su análisis, en tanto que inserto en la realidad material que involucra al lector, al autor, al crítico. Realidad y ficción son concebidas, muy acertadamente a nuestro juicio, como conceptos conjugados, de tal manera que la una es impensable sin la otra: "Hay que empezar por señalar que la relación de las obras literarias, esto es, de las construcciones literarias, con el mundo de los seres humanos es, en primer lugar, *necesaria*, porque la construcción literaria no puede concebirse aisladamente, al margen de los sujetos operatorios que la construyen e interpretan (algo así sería idealismo puro: además, autor y lector remiten siempre a las realidades extraliterarias, y eso es ineludible); y en segundo lugar, en la mayoría de los casos, es también *dialéctica* (los

autores construyen muchas veces su literatura por referencia antitética al mundo que les toca vivir) o, en otros casos, *idéntica* (reproduce analógicamente el mundo de los seres humanos, como presupone el discurso cronístico o periodístico)” (27-30).

Tenemos, pues, de nuevo, una muestra más de lo que supone la aplicación del Materialismo filosófico como metodología de interpretación literaria, aplicación que otra vez vuelve a impresionarnos, al igual que ya hiciera el autor en su anterior monografía *La Academia contra Babel: postulados fundamentales del Materialismo filosófico como teoría literaria contemporánea*, por su solidez, su rigor, su cumplida vocación de seriedad conceptual y terminológica, y por la explicitación de posiciones filosóficas que tanto se echan en falta, a nuestro juicio, en otros estudios de la misma naturaleza.

Se trata de un libro que no defraudará ni al más exigente de los lectores, ya pertenezcan éstos al ámbito de la filosofía o al de la filología y la teoría literaria, y que nos deja expectantes ante próximos desarrollos.

et